

Elogio de la Madrastra o La Venganza de la Cenicienta

Por Roberto Rivera

Elogio de la Madrastra
Mario Vargas Llosa
Emecé Editores, 1988
219 páginas.

Dícese de las Lucrecias que pueden ser virtuosísimas o hamponas indistintamente, según sea el lugar donde se las ponga. La Borgia por ejemplo de "pata mala" que era se hizo amante de las artes y de Ariosto; la mujer de Tarquino Colatino de su inmensa probidad jamás se dio cuenta. En todo caso las Lucrecias tienen algo, un nombre que se presta, antiguo y senoro, saca chispas, generalmente un cuerpo barro y pecado, y una ingenuidad que bien manejada da para una novela erótica estupenda.

Vargas Llosa quiso por este motivo que esta Lucrecia fuera doña, para regocijo nuestro, y que se pareciera en su tipo -guardando las distancias- a Madame Bovary, es decir, cursi, de la cual ya hizo su elogio en La Orgía Perpetua. Quiso también, y ya entramos en la obra, por lo que en adelante diremos el Narrador y la Voz Narrativa, que cumpliera la peligrosa edad de cuarenta, y que "desnuda bajo el

ligero camión de dormir de seda negra" bajara las escaleras alfombradas, llevada por el "impulso irresistible" de agradecer el regalo de cumpleaños de su hijastro Fonchito: Una misiva encantadora.

Comienza el juego. A esta madrastra a la inversa, la conducen escaleras abajo los más diáfanos sentimientos, ganarse el cariño de su hijastro, reconstruir la familia, ser aceptada en la norma; y por eso tal vez, nada importa, ni "Sus formas blancas, ubérrimas, duras todavía" al descubrimiento; ni que boje como La Cenicienta, claro, no pide un zapato pero sí la ropa del cuerpo, y candorosa Caperucita Roja ahora, evagándose sus viejos temores sobre el niño lobo, se acerque hasta las fauces mismas, sólo que, lo que éstas insistan, doña Lucrecia lo sabe, y el lector también.

Son las reglas del género erótico, y en vez de temblar ante la idea, y advertirle a doña como lo hubiéramos hecho con la Caperucita, transformados en voyeurs vamos tras ella, curiosos de ver qué pasará en la alcoba de Fonchito. Hemos aceptado la ficción, más aún, somos cómplices, el juego está desatado. Nadie se queje que en-

tró a la novela como La Cenicienta.

Dos voces se hacen cargo del relato. Una que tiene como función dar curso a la anécdota, y otra que la interrumpe o la dimensiona, según sea la urgencia y sensualidad del que lee, y que incorpora los personajes como figuras de pinturas eróticas.

La primera cuenta la historia de este cursi incesto y además, los ritos higiénicos a los que don Rigoberto, el esposo, somete su cuerpo. Voz en tercera persona, que anuncia el género en su misma expresión lingüística; el sustantivo cornudo como la niebla por el sol de Lima, misiva en vez de carta, caligrafía en vez de letra, y el adjetivo pletórico de altruismo, cargado de bellos sentimientos, demasiado bondadoso, y tanto sustantivo como adjetivo, extraños de otro ámbito y tiempo, añejos, puestos a propósito en el lugar más común:

"doña Lucrecia encontró sobre su almohada una misiva de trazo infantil, caligráfica con mucho cariño".

Como resultado, una muy graciosa ironía que en lo profundo enciña maravillosamente con lo perverso. Nadie se queje, Vargas Llosa nada tiene



Elogio de la Madrastra o la venganza de la cenicienta
[artículo] Roberto Rivera.

AUTORÍA

Rivera Vicencio, Roberto, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Elogio de la Madrastra o la venganza de la cenicienta [artículo] Roberto Rivera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa